

“¿Quién nos hará ver la felicidad?”¹

1 Sal 4, 7.

La pregunta del salmista, escrita en el alba de la Revelación, no se refiere a la esencia de la felicidad, al ‘qué’ sobre el que tanto se ha especulado ya, sino al formato personal que nos hace descubrirla, despertarla en nosotros, al ‘quién’ de donde mana porque, sencillamente, ella está a la espera. Una pregunta inquietante que parece hoy cobrar fuerza inusitada cuando contemplamos el desasosiego de un mundo in-feliz esparcido en tantos escenarios de conflicto y corrupción, de injusticia y violencia, de miseria, ignorancia y exclusión, de ostentación individualista y luchas enfermizas de poder, que no hacen más que pintar el rictus comunitario de los millones de rostros amargados, próximos y lejanos, caminando por la vida sin rumbo y sin alegría. Y es en el dolor del hermano donde surgen nuestras preguntas: ¿Es acaso la felicidad un estado del alma que sólo algunos privilegiados pueden gozar? ¿Qué o quién nos hará ver esa felicidad que debe nacer de la fuente más honda de nuestra identidad personal excavada en el manantial del espíritu? ¿Qué esperamos para reencontrarnos con la alegría verdadera -la cara visible de la felicidad- que reencanta las miradas y las sonrisas que han dejado de brillar?

Es cierto que las respuestas pueden ser tan infinitas y plurales como la creatividad humana puesta al servicio de la verdad, pero creo que para plantearse en serio tales preguntas hace falta imperiosamente, en primer lugar, volver con insistencia a un tópico fundamental para los creyentes: se trata de deshacer la ilusión de la angustia, (concebida por ciertos filósofos contemporáneos como ‘temple de la existencia’ convertida irónicamente en su ‘templo’) habilitando la verdad de la confianza, para poder así destrabar nuestra mente sujeta a los alienantes mandatos del ego (siempre buscando aliados en ideologías y cosmovisiones insensatas) que nos impiden descubrirnos como seres felicitarios, llenos de gracia y amor, depositarios de uno de los dones más maravillosos otorgados sin límite al ser humano: la alegría. Si negamos este orden de la gracia -y si nos lo negamos- es entonces cuando el individualismo egolátrico, con su autorreferencialidad pasmosa, gana la partida en los corazones que

ya no pueden albergar la felicidad ni la alegría genuinas, sino sólo sus seductores y aviesos sucedáneos que calman de momento el ánimo pero no brindan la verdadera paz. Por eso, en los huecos de la trama amorosa -el orden del amor y de la gracia- que nos sostiene con sus hilos invisibles tejiendo la realidad de ternura y misericordia (que sólo un Amor incondicional puede regir), se nos cuele un mal inconsciente, colectivo y siniestro, que se empeña en robarnos la alegría y que ni siquiera atinamos a nombrar. Así lo ha descrito el Papa Francisco con incomparable claridad en su reciente exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*: “El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien”.

Es que la ‘tristeza individualista’ se sienta en el sitial de oro forjado por el ego -al que, por cierto, le hemos permitido blandamente enseñorearse de nuestro espíritu-, precisamente cuando locamente nos interpretamos como seres autosuficientes separados de los demás, sin vínculo salvífico alguno, y sobre todo separados de Dios, creyéndonos así a infinita distancia de la unidad que nos religa como totalidad en la que somos partes inseparables del gran cuerpo místico que formamos los Hijos de Dios. Es más, hasta a veces nos lo creemos los mismos que creemos. Pero ¿qué locura es ésta que nos hace vernos -o interpretarnos- como lo que no somos impidiéndonos la visión de la luz que en realidad somos, que debe brillar aún contando con la opacidad de nuestras incontables sombras? No se trata de la ‘locura de la cruz’ de Cristo ni tampoco de la locura de Don Quijote (la que se equilibraba con la cordura de Sancho), locuras cuerdas si las hubo, sino de esa demencia brutal, no tratada por siquiátras ni psicólogos, por la cual nos concebimos como seres ajenos, desvinculados y hasta superiores a la rela-

ción que nos hace ser quienes somos: la Filiación divina, es decir, la relación personal indestructible que como Hijos tenemos con el Creador, relación que es independientemente de que decidamos aceptarla. Demencia, locura, enajenación... sólo términos que sirven para nombrar de alguna manera el producto del más siniestro de los errores antropológicos modernos (el ser humano concebido como sujeto autónomo desvinculado de sus fuentes), cuya prueba radical no se encuentra en el discurso -aunque las haya- sino en la vida, en la misma existencia ávida de la alegría que brota de la experiencia divina, tal cual los místicos la han evidenciado en todos los tiempos.

Quizás el intento más certero por dar un nombre a los efectos de este terrible error sea a partir del término 'acedia' o "rechazo del gozo que viene de Dios" (término hoy casi en desuso que se puede rastrear en la historia de la espiritualidad desde los Padres del desierto), aunque en la complejidad actual no pueda denominar él solo la totalidad del problema. Sin ánimo de dar una respuesta absoluta pero haciendo un intento por simplificar la complejidad de un problema con tantas aristas, sostenemos que la ausencia de alegría y de felicidad, en su raíz contemporánea más profunda, no sería otra cosa que el síntoma anímico de la falta de identidad, de no saber quiénes somos en realidad, ese sensor inconsciente indicador de nuestra lejanía -elegida pero no real- de dicha experiencia fundante que nos hace ser estas mujeres y estos varones con plena conciencia de su herencia divina. No por mero recurso lingüístico decía lúcidamente Xavier Zubiri: "Dios es experiencia del hombre tanto como el hombre es experiencia de Dios".

A la humanidad apesadumbrada y somnolienta le está faltando esa conversión de la mirada -primer paso obligado hacia la conversión del corazón- que obliga a ver con ojos nuevos y radiantes la realidad, descubriendo en cada paisaje, en cada acontecimiento y en cada rostro la imagen indeleble de la creación, y en nosotros la semejanza divina. Imagen y semejanza que, al aceptarlas en su verdad, sólo pueden emocionarnos de gozo. En tanto y en cuanto despertemos la mirada para rechazar la ilusión del error dejándonos poseer mansamente por la verdad, habremos permitido que Dios a través del Espíritu Santo -el Quién indudable a que alude la pregunta introductoria del salmista- nos haga ver y sentir la felicidad que guardamos celosamente en nuestro castillo interior. El júbilo, su emoción concomitante, es por ende la consecuencia de esa mansedumbre que nos aleja de todo miedo y de todo ataque, pues son los mansos los que tienen sus manos siempre colmadas de amor. ¿No se nos ha revelado acaso que son ellos los bienaventurados que heredarán la Tierra y el Reino de los Cielos? Ellos están seguros de ser amados y, por lo tanto, de estar a salvo, ¿cómo no habrían de ser felices?

